

RESEÑAS

G. Bonamente y A. Nestori (eds.). *I Cristiani e l'Impero nel IV secolo. Colloquio sul Cristianesimo nel mondo antico*. Colección *Università degli Studi di Macerata. Pubblicazioni della Facoltà di Lettere e Filosofia*, vol. 47. Serie *Atti di Convegni*. Macerata, 1988, tomo 9, XX y 224 pp.

Recoge este libro casi todas las ponencias habidas en el coloquio, que organizaron los Institutos de Arqueología e Historia Antigua de la Universidad de Macerata a lo largo del 17 y 18 de diciembre de 1987. Dichos trabajos se hallan precedidos de un exordio, en el que se observan el proemio de los editores (pp. IX-X) y los saludos a los miembros del coloquio por parte de G. Ferretti, Rector de aquella «alma mater» (pp. XI-XII); F. Montuschi, Decano de la Facultad de Letras y Filosofía (pp. XIII-XIV); P. Olivelli, director del Centro maceratense «Nueva Cultura» (pp. XV-XVI) y A. Nestori, cabeza del Instituto de Arqueología (pp. XVII).

El primer trabajo, «Cristianismo e Imperio Romano en el siglo IV d.C.», se debe a M. Pavan (pp. 1-16). En p. 2 se demuestra que la repetición en Constantinopla del esquema geomórfico de las siete colinas romanas es más ideal que real. La segunda ponencia es obra de F. Kolb y se titula «La ideología tetrárquica y la política religiosa de Diocleciano» (pp. 17-44). Dos son sus grandes aciertos: a) la exégesis de la «grammata» de Eusebio de Cesarea (*Hist. Eccl.*, VIII, 2, 4) a guisa de meras directrices aplicativas del único edicto persecutorio de 24 de febrero de 303 (p. 18) y b) la nueva

interpretación de la postura de Constancio Cloro hacia el cristianismo, que es mucho menos benévola de lo que hasta ahora se había opinado (pp. 19-20).

Después de los estudios de S. Calderone en torno al pensamiento político de Eusebio de Cesarea (pp. 45-54) y de A. Nestori sobre las ideas del Cesariense relativas a la arquitectura eclesiástica de su tiempo (pp. 55-61), analiza K. Rosen los cambios en la actitud de Hilario de Poitiers frente al poder imperial (pp. 63-74). En pp. 67-68 el autor localiza esas mutaciones en el sínodo de Beziere de 356, en cuyo decurso Hilario fue condenado. En la ponencia «Romanización y Cristianización: dudas y certezas en el tema de los vínculos de los cristianos con las instituciones» (pp. 75-105), G. Grifó indica en p. 105 la no existencia, al menos en el siglo IV, de un derecho romano cristiano. En pp. 98-99 ofrece interés la doctrina de que la disposición del año 384, contenida en *Código Teodosiano* 3.1.5, beneficia a los «domini christiani», a quienes se reservan los esclavos cristianos. G. Bonamente se ocupa de la apoteosis, tras los decesos, de los emperadores posteriores a Constantino (pp. 107-142), haciendo surgir su tarea en pp. 107-108 de estas premisas: a) la «consecratio» compete al senado romano; b) Constantino es el primer emperador que muere bautizado y c) se cree, pese al silencio de las fuentes, que Teodosio I es el último emperador objeto de una apoteosis.

M. Sordi investiga la ideología política de Ambrosio de Milán, que se encuentra en el *De Obitu Theodosii* redactado en 395

(pp. 143-154). A su vez, F. Paschoud titula su aportación «La *Historia Antigua* como testimonio y reflejo de la crisis de identidad de los postreros intelectuales paganos de Occidente» (pp. 155-168). Allí el tratadista defiende que la *Historia Augusta* es obra de una sola persona, quien la escribió hacia el 400, y fija el año 410 a modo de término «ante quem» de su génesis (p. 158, n. 8).

Entre pp. 169 y 194 estudia G. Zecchini los siguientes escritores latino-cristianos de la cuarta centuria: Lactancio el Cronógrafo de 354, Dámaso de Roma, Jerónimo y Orosio. En esta ponencia señala Zecchini, en pp. 169-170, que de Eusebio de Cesarea y Atanasio de Alejandría nacen tres géneros historiográficos de tan enorme auge en el medioevo, como la cronografía, la historia eclesiástica y la hagiografía. Tras la ponencia de C. Tibiletti, «Política y religión en las persecuciones cristianas» (pp. 195-203), el volumen finaliza con el análisis por P. Mastrandea del capítulo 12 del *De viris illustribus* de Jerónimo (pp. 205-207), las observaciones de L. Braccesi referentes al *Inno alla nave delle Muse* de Ugo Foscolo (pp. 209-214) y el prolífico índice bibliográfico de M. F. Fenati (pp. 215-244).

A este importante libro sólo es lícito interponer una objeción, que atañe a pp. 12-13. Radica en el hecho de que al aludir M. Pavan al tercer canon del sínodo de Constantinopla de 381, que asigna a aquella sede (la «nueva Roma») el segundo puesto en la cristiandad después de la antigua, el estudioso no haga referencia alguna a la naturaleza antialejandrina de tal medida.

Gonzalo Fernández,
Universidad de Valencia

Guadalupe López Monteagudo

Esculturas zoomorfas celtas de la Península Ibérica.

C.S.I.C. Centro de Estudios Históricos, Madrid 1989, 204 pp., 6 figs.(mapas) y 88 láms.

Las esculturas zoomorfas del área indoeuropea de la Península Ibérica han sido objeto de una bibliografía relativamente

abundante en la que no siempre el análisis científico era lo que más brillaba. Monumentos sugestivos para la mentalidad popular, que los ha hecho objeto de muchas supersticiones, y también para la curiosidad de arqueólogos e historiadores, se han prestado a las más variadas hipótesis acerca de su origen, función, significado, cronología, etc. Así, desde quien los consideró monumentos de los cartagineses, a animales totémicos o hitos terminales en antiguas cañadas ganaderas. Solamente los estudios más recientes, entre los que cabe citar los de P. Arias, Martín Valls, Pérez Herrero, Santos Junior entre algunos otros, van logrando situar mediante el análisis del contexto arqueológico en que se presentan estas esculturas su estudio en una adecuada perspectiva. De esta manera, parece que los conocimientos que vamos adquiriendo son cada vez más sólidos.

En este sentido, el libro que reseñamos de Guadalupe López Monteagudo constituye una síntesis de los conocimientos actuales a la vez que avanza críticas de las distintas teorías expuestas e hipótesis y conclusiones nuevas. Lo que diferencia a esta obra de las anteriores es el constituir un estudio general del fenómeno en el área indoeuropea basado en un catálogo sistemático de dichas esculturas. Además, estos monumentos se ponen en relación con el contexto cultural arqueológico en que aparecen (hábitat, necrópolis, cerámicas, armas, etc.) a fin de buscar puntos de apoyo para resolver el difícil problema de su cronología y significación.

Tras un Prólogo y una Lista de Abreviaturas, el libro se divide en cuatro partes. La parte I constituye una «Introducción» extensa donde se abordan los antecedentes del tema y el ámbito geográfico y cultural en el que se inscriben las esculturas zoomorfas (verracos, torcos, toros, etc.). La autora considera que este ambiente cultural es el de la denominada Cultura de los Castros de la Meseta, compuesta por las etapas culturales «Cogotas I» y «Cogotas II». Esta cultura es la de «pueblos que viven en castros fortificados en lugares elevados, se en-

tierran en necrópolis de incineración bajo túmulos y desarrollan una economía fundamentalmente pastoril». Se estudian a continuación los hábitats y necrópolis, la cerámica, armas, objetos de adorno y orfebrería, lengua y sociedad, y la religión de estos pueblos.

El apartado II («Las esculturas zoomorfas») constituye el núcleo del libro y es un catálogo de todas las esculturas conocidas zoomorfas del área indoeuropea, agrupadas por provincias actuales y ordenadas por orden alfabético (Avila, Beira Alta, Burgos, Cáceres, Douro Litoral, Minho, Orense, etc.). Cada escultura es registrada en una ficha técnica donde se hace constar la naturaleza del animal representado (toro o verraco; en algún caso, dudoso), el material (granito, etc.), las dimensiones, la procedencia y el lugar de conservación de la escultura; a ello se añade un breve comentario sobre el estado de conservación de la pieza y algunas características o peculiaridades formales. No es necesario destacar la importancia y la utilidad de esta parte del libro; en primer lugar, por constituir en sí un meritorio inventario que exime de la consulta a obras anteriores lo menos en una primera aproximación al tema, por muy dispersas o de difícil localización; y en segundo lugar porque, junto con las láminas que recogen las fotografías de dichas esculturas, constituye el punto de referencia para ulteriores estudios, tanto para confirmar las teorías expuestas por la autora como para, en su caso, disentir de ellas. Cada ficha se acompaña de una breve referencia bibliográfica.

La parte III es un catálogo semejante de los verracos con inscripciones latinas. Es una parte mucho más breve ya que, frente a los 280 verracos catalogados anepígrafos, solamente contamos con 25 que lleven una inscripción en latín. Como expresa la autora, «ello seguramente significa que son escasas las esculturas pertenecientes a época romana e, incluso, puede pensarse que quizás los verracos que presentan esta particularidad son esculturas reutilizadas en época posterior a la de su eracción». Cada

pieza es igualmente objeto de una ficha en la que, además de la naturaleza del animal, tipo de piedra, dimensiones, etc., se hace constar también la inscripción.

La parte IV («Resultados») constituye más bien el análisis del problema de la finalidad y significación de estas esculturas, que atañe fundamentalmente a dos aspectos: su relación con el contexto funerario, evidente por los hallazgos de Martiherrero (Avila) principalmente; y su relación con el contexto de la religión y el culto, evidenciado por el hallazgo de Picote (Tras-os-Montes) fundamentalmente, aunque también por otros, como parecen ser el de Candeleda (Avila) y los de aquellas esculturas que llevan franjas que pueden interpretarse como el *dorsuale* de los animales ofrecidos en sacrificio, o las figurillas de toros y cerdos realizadas en terracota y halladas en algunos castros de la Meseta. Tanto las esculturas zoomorfas hispanas como algunas estructuras, interpretadas como santuarios, a las que aparecen asociados a veces, son puestos por la autora en relación con paralelos de Polonia. Los «santuarios» polacos, en relación con los cuales han aparecido también esculturas zoomorfas semejantes a las de la Meseta hispana, serían el antecedente de los «Viereckschanzen» célticos, vinculados a una divinidad ctónica o astral.

El libro se completa con las conclusiones, bibliografía, varios y útiles índices, seis mapas y 88 láminas.

Aunque es loable el intento de dar una visión generalizadora que se propone el libro, hay sin embargo algunos aspectos que deberían haber sido más matizados y que se resienten tal vez de una excesiva simplificación. El título mismo «Esculturas zoomorfas celtas...» cuando la cuestión del celtismo, su densidad y significado en la Península está siendo vivamente debatido, tal vez peca de simplificador. La distribución geográfica de las esculturas zoomorfas, muestra su presencia entre pueblos prerromanos (lusitanos, carpetanos, galaicos, etc.) en los cuales, siendo innegable el aporte celta, debe ser cuidadosamente so-

pesado con respecto a los elementos del substrato. Es precisamente esta peculiaridad la que explica ciertos problemas de las religiones «célticas» de la Península Ibérica, aún de difícil solución, que han sido abordados en distintas ocasiones por varios autores, entre ellos F. Marco o el autor de estas mismas líneas, que la autora parece desconocer y que tal vez la hubieran ayudado a abordar temas como, por ejemplo, el de las piedras sacrificiales con cazoletas y canales que tanto en la Meseta Occidental como la Oriental se documentan no sólo sobre verracos. Igualmente, podemos ver que se sostiene todavía la vieja teoría de Tovar, invasionista en el fondo, de una doble capa indoeuropea, precelta y celta, perteneciendo a la primera los pueblos entre los que se documenta la organización social en *gentilitates* (pp. 35-38): vettones, cántabros, astures, pelendones, etc., y a la segunda los vacceos, arévacos y otros entre los cuales no se documentaría este sistema. Estudios recientes (Salinas, 1986; AAVV sobre la tésera de Montealegre de Campos, 1988; González Cobos, 1989, etc.) han mostrado la inviabilidad de esta teoría y que dicho sistema, en realidad, existía entre todos los pueblos del área indoeuropea peninsular con excepción de aquellos del Noroeste donde se documenta el sistema de la llamada C invertida.

No obstante estos aspectos mejorables de la obra, el libro de la doctora López Monteagudo constituye una obra sólida, excelentemente bien documentada, sugestiva por los paralelos que plantea y que afronta problemas de difícil solución, unas veces por falta todavía de datos (el problema de la cronología inicial de estas esculturas, en el que disidente, por ejemplo, de los argumentos aducidos por Martín Valls), y otras veces porque sólo estudios ulteriores podrán ahondar en la riqueza de significados y de interrogantes que plantean estos monumentos. No son de los menos importantes, por ejemplo, la validez metodológica y las posibilidades de retrotraer conclusiones bien sacadas para los siglos II-IV de nuestra Era, es decir, con una Península

profundamente romanizada, a los siglos IV, III, II a.C.; o por ejemplo, la posibilidad de relacionar lo que sepamos sobre estos monumentos con el conocimiento general de la religión indígena y, sobre todo, como ya se comienza a apuntar, con la posible existencia dentro de la misma religión indígena que hasta ahora se ha estudiado como un conjunto indiferenciado, de una ética, unas creencias y una religión aristocrática, y una ética, creencias y religión popular.

Manuel Salinas de Frías

Judit Herrin

The Formation of Christendom
Fontana Press, London, 1989,
X + 533 pp.

La primera pregunta que uno se hace tras la lectura del libro de J. Herrin es si la autora pretendía rescribir *Mahoma* y *Carlomagno* 50 años después. La primera edición de su libro data de 1987 (Basil Blackwell, Oxford) y la de H. Pirenne de 1937. La respuesta es evidentemente negativa. La autora de la obra que ahora comentamos ni revisa ni parafrasea a Pirenne, sencillamente lo da por supuesto. En más de 500 páginas de densa lectura, únicamente recuerda tres veces al autor belga y su magna obra. Una, en la introducción para reconocer la validez general del punto de partida (p. 6), otra para reproducir una de sus frases más conocidas: «sin Mahoma, Carlomagno habría sido inconcebible» (p. 134), y una última para relativizar una afirmación suya que considera excesiva (p. 259). Más allá de esto la obra cobra absoluta independencia, se justifica y se valida totalmente en sí misma.

Con el colapso del Mundo Antiguo, la fe (*oikoumene*, *Dar al Islam*) sustituyó al gobierno imperial como patrón de identificación universal. ¿Cómo fue posible que cristianos y musulmanes definiesen sus mundo sólo en términos religiosos? El estudio de este proceso, el modo en que el término 'cristiandad' llegó a convertirse en

sinónimo de Europa, es el objetivo declarado de la obra.

Para ello la autora declara su intención de subordinar los elementos políticos y económicos de la transición de la Antigüedad a la Edad Media, a un estudio del desarrollo de la fe cristiana. Al cual no llega por medio de los rasgos bien conocidos de la historia eclesiástica, sino «*through an analysis of medieval faith as a material force*» (p. 7). No le interesa por tanto el estudio de las bases físicas de la Iglesia, propiedades, riqueza acumulada... (aspectos a los que dedicará otro volumen), cuanto examinar el papel estructural de la fe en la temprana sociedad medieval. La profesora Herrin reconoce que puede parecer 'perverso' abordar los parámetros culturales de la cristiandad antes que su dimensión económica, «*but the capacity of faith to mobilise, frequently manifested in the seventh and eight centuries, is indicative of a force that may determine other factors, particularly at times of political failure and economic crisis*». Es consciente de las dificultades de desentrañar el significado profundo de la fe y las complejidades de los sistemas creenciales, que no deben ser tomado como factores dados. En este sentido, el distanciamiento personal de la autora es igualmente anotado: «*So I make no apology for studying religion from the viewpoint of a non believer; the history of faith is far too important to be left to adherents alone*» (p. 8).

Sin embargo esa 'perversidad' queda subsanada por el desarrollo práctico del trabajo. Los parámetros culturales son el objeto a desentrañar, el hilo conductor, pero no se desvelan sino detrás de una densa maraña de acontecimientos políticos, de disputas teológicas y estéticas, de presiones geo-estratégicas de condicionantes socio-económicos que la autora en ningún caso ignora. Más al contrario, se mueve entre ellos con suma facilidad. Hasta el punto que los siglos de oscuridad, la aparente ruptura informativa entre tardía antigüedad y medioevo se quedan por momentos en tópicos trasnochados. A destacar, igualmente, la capacidad para explicar el proceso de

tensiones y distanciamiento entre las cristiandades de Oriente y Occidente, donde los aspectos culturales y políticos se entrelazan hasta formar un todo inseparable. El punto de partida es la unidad política del Imperio Romano y la diversidad de herencias que aunaba. Entre ellas, y la autora coincide de nuevo con Pirenne, desprecia la influencia bárbara en beneficio del ascenso del cristianismo como unificador cultural de la antigüedad tardía. Ahora bien, unidad de la fe y unidad de la cultura pero no una fuerza uniforme y monolítica. Las diferencias regionales habían hecho que durante siglos los cristianos desarrollasen sus propias idiosincrasias y diferentes tipos de devoción. La autoridad papal, episcopal y patriarcal fueron establecidas muy lentamente, y en general las comunidades reservaron los más altos grados de lealtad, obediencia y afecto para sus líderes locales. De hecho, la gran 'victoria' de la Iglesia romana frente a la oriental fue la capacidad, a la larga, de subordinar las iglesias occidentales al liderazgo espiritual del Papa, mientras en Constantinopla la Iglesia había moldeado unas relaciones muy estrechas con el gobierno secular. Así el Quinto Concilio Ecuménico del 533, que tomando como excusa la crisis de los tres capítulos, culminó con la imposición de un edicto imperial como doctrina eclesiástica. Este concilio, ignorado en occidente, abrió una brecha en la *oikoumene* eclesiástica que nunca fue superada, a la vez que un extrañamiento política, tendencias que provocarían la ruptura de la unidad cultural mediterránea. El proceso que llevó del cisma cristiano a la división cultural definitiva fue lento, siendo el objeto de atención de la segunda parte del libro. Lento y no lineal, sometido a múltiples cambios y donde la influencia del califato de Damasco fue esencial. Por un lado separó físicamente ambas cristiandades, por otra parte aceleró el proceso de transformaciones del mundo bizantino en su evolución hacia un estado medieval. Las cristiandades occidentales se fueron haciendo cada vez más exclusivamente latinas, se distanciaron de los concilios ecuménicos de Oriente y remitieron sus fuentes

de autoridad a concilios locales y a las decretales papales. La autoridad de Roma se fortaleció a su vez por su protagonismo en la misión cristiana hacia el norte de Europa, que fue acompañada por las conversiones desde el arrianismo, caso de los visigodos. Igualmente, la defensa de la ortodoxia por parte de Roma en la disputa monotelita fue otro factor de prestigio para el papado.

Para el siglo VIII cualquier ficción de unidad mediterránea estaba definitivamente olvidada. Lo que una vez fue Roma es ahora patrimonio de sus tres herederos. Este es el contenido de la tercera, y última, parte del libro. Dos características son tradicionalmente señaladas por los medievalistas para este siglo VIII, el ascenso del poder franco en el oeste y la herejía del iconoclasticismo en Bizancio. La autora presta especial atención a la naturaleza del desarrollo occidental, aunque dentro de una lectura que abarca un contexto mediterráneo, un proceso mucho más amplio cuyo centro de gravedad descansaba en el Este. Allí el iconoclasticismo, nacido de la crisis generada por el avance musulmán, fue sólo el aspecto más evidente de una compleja reacción militar y religiosa. Para Occidente la teología y el uso de los iconos fue sólo una excusa, pero le dio a la Iglesia romana la oportunidad definitiva de expresar y legitimar su autoridad. A la vez que el fracaso bizantino para proteger Roma y Ravena de los lombardos supuso una completa reorientación de la política de alianzas de la Iglesia occidental. El acuerdo franco-papal dio al papado una mayor independencia en Italia, y a la nueva dinastía franca legitimidad.

Al final de este largo proceso Bizancio, el Califato y Europa encontraron sus propias culturas, creando tradiciones que cubriesen sus necesidades. Dentro del contexto mediterráneo y la herencia de la tradición greco-romana que todos compartían, cada uno se refirió al pasado de modo diferente.

La autora, excelente conocedora del mundo bizantino, ha focalizado en Oriente

el protagonismo del proceso. Aunque lo justifica y equilibra a lo largo del trabajo, el lector, acostumbrado a una visión eurocentrista de la historia altomedieval puede interpretarlo como una deformación de los procesos. En todo caso no mayor que la contraria, con la ventaja de obligarnos a nuevas reflexiones. De hecho quizás sea ese el mayor mérito de la obra, por cuanto, tomados aisladamente, sus aspectos informativos, no descubrimos nada nuevo, es el enfoque y el tratamiento de conjunto lo que hace el trabajo sugerente.

Dentro de la tradición anglosajona el tratamiento de las notaciones es sucinto, tanto en las referencias a las fuentes originales como en el de la bibliografía. En el segundo caso con una preferencia, a veces discriminatoria, por los trabajos más recientes. El libro no incluye una selección o, mejor aún, una sistematización bibliográfica, que sin duda completaría el resultado final e incrementaría su rentabilidad académica.

Pablo C. Díaz

Homenaje a Marcelo Vigil Pascual

La Historia en el contexto de las Ciencias Humanas y Sociales

Universidad de Salamanca, 1989

301 pp.

El martes día 27 de marzo de 1990 en el Aula Unamuno de la Universidad de Salamanca tuvo lugar la presentación del Libro-Homenaje al Prof. Marcelo Vigil Pascual, con el título general de *La Historia en el Contexto de las Ciencias Humanas y Sociales*, editado por la Universidad de Salamanca. Marcelo Vigil fue Catedrático de Historia Antigua en esta Universidad desde 1971 hasta su muerte en Diciembre de 1986, y con este libro se intenta rendir un emotivo homenaje al que fue maestro y amigo. El título general del volumen responde a su propia concepción de la historia como ciencia social que pretende analizar el desarrollo de las sociedades humanas con una visión integradora y no en parcelas.

La selección de los autores, que colaboran en este libro —*in memoriam*—, se ha realizado, tanto por la amistad personal con él, como por similitud de criterios en la concepción de esta disciplina, y se dedican no sólo al estudio de la Antigüedad sino al de otras etapas históricas. Soy consciente que los colaboradores podían haber sido más, pero espero que aquellos que no hemos podido estar presente en las hojas de este libro nos veamos representados, de alguna u otra forma, en todos y cada uno de los autores que colaboran en él. El Prof. Marcelo Vigil dejó una obra no muy voluminosa pero de una calidad excepcional, en la que se pone de manifiesto lo más renovador de su pensamiento histórico, tanto en cuanto a su concepción historiográfica, como en los temas de investigación elegidos por él. Sus trabajos más importantes fueron realizados en colaboración con Abilio Barbero¹: «Sobre los orígenes sociales de la Reconquista» y «La formación del feudalismo en la Península Ibérica», que supusieron, en su momento, una ruptura con, la historiografía «nacional» al uso de la época, y plantearon el estudio de tales procesos históricos desde unas bases auténticamente científicas, eliminando los aspectos metahistóricos e ideologizantes adheridos a ellos; abriendo nuevos caminos de investigación, de forma que sus aportaciones son incuestionables para el estudio de algunos temas centrales de la historia de la Península Ibérica. La colaboración entre ambos historiadores, como se explica en el libro, era el fruto de una «discusión de los problemas hasta los más mínimos detalles, y, una vez, que llegaban a una conclusión, ésta era encuadrada en el conjunto sin fisuras y sin contradicciones»², y era el fruto lógicamente de un pensamiento y de una concepción historiográfica comunes. Por todo ello, se puede decir que la obra histórica de Marcelo Vigil y Abilio Barbero constituye un punto de inflexión básico a la hora de hacer un estudio sobre la historiografía española de estos períodos históricos —Antigüedad tardía y la España alto Medieval—, antes y después de ellos.

Los diversos trabajos que se presentan en el libro pretenden configurar la idea de una «historia total», desde una perspectiva crítica y de «análisis del pasado para comprender el presente y como herramienta para la construcción del futuro», según las conocidas palabras de Josep Fontana. Los historiadores que participan en este homenaje recuerdan y reviven la forma de entender la historia que Marcelo Vigil tenía. Aunque la metodología de las diversas aportaciones sea diversa, sin embargo, tienen en común la gran rigurosidad en la reflexión histórica a la hora de dar nuevas respuestas a problemas anteriormente estudiados. Cronológicamente los contenidos de este volumen van desde la Grecia arcaica hasta finales del siglo XVIII español, y tratan aspectos diversos del proceso histórico global.

Es de destacar la crítica que López Eire hace, en su artículo sobre las invasiones griegas, a la tradicional y clásica identificación entre la penetración de los griegos en Grecia (Península Balcánica) en tres oleadas sucesivas y los dialectos griegos. En este sentido el autor haciendo un estudio concreto y riguroso echa por tierra la idea de identificar los conceptos de raza y modalidad dialectal. Asimismo, para clasificar los dialectos recurre, entre otros fenómenos, a las innovaciones que son las que engendran el contraste necesario para la génesis de un dialecto. De tal forma que los dialectos griegos no llegaron a Grecia ya cristalizados, sino que se fueron conformando y configurando en relación continua con otros dialectos que hablaban los griegos.

El artículo de D. Plácido sobre el sofista Antifonte consigue realmente ir descubriendo los lazos de unión que existen entre la realidad social y las diversas manifestaciones culturales e ideológicas de la misma. De esta forma, en el texto se va desgranando con virtuosismo exquisito el pensamiento político-ideológico del sofista a partir del marco social en que se ha desarrollado la guerra del Peloponeso; fenómeno que supuso una alteración constante en las relaciones sociales esclavistas de la

ciudad griega, y un intento de introducir nuevas formas de servidumbre, en las que queden subsumidas la diferencia y superioridad, hasta ahora, de los griegos frente a los bárbaros, considerándolos iguales por naturaleza. La elaboración teórica de Antifonte utiliza el concepto de «igualitarismo natural» como soporte ideológico a esas transformaciones que se operaban en la ciudad esclavista, y para las que ya no eran válidas las bases institucionales e ideológicas propias de la época de la Atenas democrática. Así pues Antifonte se enmarca, como resume el autor, «en el lado oligárquico, para el que la igualdad entre griego y bárbaro no es más que el apoyo de una actitud que tiende a someter por otros motivos que no son exclusivamente racistas, sino económicos».

El trabajo de M. J. Sánchez León intenta ser una aproximación a la historia de Sicilia en época de la primera guerra civil, pero sobre bases de interpretación nueva, revisando en este sentido afirmaciones de Diodoro.

Los tres trabajos siguientes están dedicados a la Hispania romana, estudiando fenómenos diversos del desarrollo histórico peninsular. El artículo de A. Prieto revela de qué forma el discurso despreciativo de Estrabón sobre la utilización del bosque hispano es una manifestación ideológica contraria a los máximos beneficiarios de su explotación. La aportación de J. Mangas toma como base un texto de Ulpiano (Regl. 22,6) para referirlo a la concesión que hace el emperador Adriano al *Hercules Gaditanus* por medio de la que se le permite recibir herencia. Esta decisión, según el autor, es equiparable a una concesión de ciudadanía, precedente de la concesión de ciudadanía a todos los dioses y diosas de los hombres libres del Imperio que establecerá Caracalla.

El trabajo de J. M. Roldán aborda las motivaciones políticas que lanzó al estado romano a conquistar la península ibérica y a convertirla en Hispania romana. Este proceso histórico hay que entenderlo y explicarlo, y así lo advierte el autor, desde

una perspectiva de interrelación de los dos colectivos que forman parte de ese proceso dinámico. Al mismo tiempo, subraya las transformaciones que se producirán dentro del estado romano, que atañen tanto a su política interior como a su «proyección exterior en el plano de la política internacional».

El período de la Antigüedad Tardía está tratado en las tres colaboraciones siguientes, y tratan de explicar las manifestaciones religiosas como fenómenos íntimamente relacionados con el contexto histórico en el que se produce y en el cual actúan también. Los artículos de R. Teja y J. M. Blázquez se refieren al monacato como fenómeno religioso, pero, además, como fenómeno social, que actúa en la compleja problemática que caracteriza a todo este período. Por ello, el monacato es estudiado por los autores en el marco de las tensiones sociales del momento y de sus manifestaciones ideológicas, y es objetivado como un capítulo fundamental de la historia social de la época. R. Teja consigue dar una sugerente explicación de la evolución distinta del monacato en Oriente y Occidente, relacionándola con el desarrollo peculiar que cada una de las organizaciones sociales de estas zonas tendrá, a partir de la desintegración del Imperio Romano. J. M. Blázquez, basándose en un repertorio exhaustivo de fuentes, que le hubiera permitido, por su enorme sugerencia, llegar a conclusiones más sutiles y elaboradas, interpreta el monacato de estos siglos y sus formas de vida asceta como un rechazo de los valores culturales de la sociedad romana y de la forma de vida ostentosa de la Iglesia oficial.

Una entrañable y justa dedicatoria a Marcelo Vigil abre la magnífica colaboración de M. Mazza sobre la fenomenología de la *Conversión* en este largo período de transición hacia el mundo medieval. Partiendo del análisis concreto sobre algunas conversiones emblemáticas de miembros de los sectores dominantes de las ciudades, relaciona este fenómeno con la dinámica interna de la sociedad imperial en un período de grandes tensiones y transforma-

ciones sociales. En este escenario la conversión actuaba como fenómeno de doble dirección: por un lado, mientras se desintegraba la vieja *élite* ciudadana, y, con ello, sus formas de religiosidad, se iba formando una nueva *élite* de conversos que se iba desmarcando de las antiguas relaciones familiares, sociales, civiles y religiosas y, al mismo tiempo, se generaba una nueva relación con «lo divino» en la que ellos jugaban un papel importante como mediadores. Se convertían así en los *virii Dei*, los «hombres divinos» del cristianismo.

Las colaboraciones sobre el mundo antiguo se cierra con la sugerente, y novedosa aportación teórica de G. Pereira sobre Max Weber y la economía romana. Esta meditada reflexión sobre el pensamiento weberiano intenta dar explicación y respuestas a los límites de las propuestas de Weber sobre economía romana, a partir de un estudio de los fenómenos económicos «en su propia historia», en su propia especificidad como formación social. Es precisamente el propio modelo de ciudad romana, de *civitas* en donde se realiza la reproducción social, el que dificultó, según Pereira, las posibilidades de un posterior desarrollo desde sí misma. Este modelo excluye toda forma de desarrollo económico o social al estilo capitalista. En palabras del autor «pretende solamente alcanzar y mantener el equilibrio, la *diuturnitas rerum*, la *incolumitas respublicae*, etc». Habría que decir que se trataba de una economía política *religiosa*, pues los *sacra* «parecen ser lo más importante para la reproducción de las comunidades y, por tanto, aquello que se trata de garantizar por encima de todo» (p. 167). Desde este marco histórico es del que hay que partir para comprender los fenómenos económicos del Imperio romano.

Una aportación de especial relieve es la del A. Barbero, al que ya he dedicado una referencia anteriormente —*in memoriam*—. Su trabajo forma parte de la problemática histórica, que globalmente había tratado con su amigo Marcelo Vigil en sus investigaciones conjuntas. En concreto, se centra en, las divisiones eclesiásticas de la Penín-

sula Ibérica en los siglos VI y VII, desde el marco de las relaciones entre Iglesia y Estado. Este mapa administrativo eclesiástico se inspira en el modelo organizativo del Imperio romano, aunque posteriormente sufrirá algunos cambios debidos a la necesaria adecuación a las nuevas realidades políticas. En este sentido, la iglesia visigoda se considerará heredera del modelo de organización civil romano, aunque la actitud intervencionista de la monarquía visigoda provocará una serie de alteraciones en ella en función de sus propios intereses.

Los siguientes trabajos de Historia Medieval se refieren a temas diversos del desarrollo de esta etapa histórica. El artículo de J. Faci estudia aspectos fundamentales del feudalismo bizantino en relación con la reforma «*themática*», a través de la cual el poder político pudo mantener su supervivencia y hacer frente a la nueva situación exterior e interior. C. Estepa centra su aportación en dar una explicación a la política imperial de Alfonso X, enmarcándola en un contexto general de las monarquías europeas en el siglo XIII y relacionada con las aspiraciones del monarca al trono del Imperio, tanto en el aspecto político como ideológico. En este sentido, hace una novedosa propuesta sobre la ideología política alfonsina, que marca sus diferencias con la tradicional, que se había manifestado crítica con el «hecho del Imperio». Así la consecución del trono imperial debería representar un fortalecimiento de su poder en cuanto monarca feudal, aunque no consiguiera el apoyo de la nobleza para ello.

Las crisis en el siglo XV en la corona de Castilla son analizadas por J. Valdeón en una síntesis de rigurosa elaboración histórica, poniendo de manifiesto las diversas manifestaciones de ellas según las regiones y las diferentes reacciones por parte de la corona ante ella. De todos estos análisis parciales llega a la conclusión de que «las crisis de este siglo desembocaron en una reordenación de las estructuras sociales y políticas de la Corona de Castilla, cuyos rasgos más significativos serán el avance señorializador y el camino hacia la monar-

quía absoluta». El detallado estudio de J. L. Martín aporta una información inigualable por su riqueza documental y por su análisis pormenorizado sobre la contabilidad del cabildo catedralicio de Segovia. R. Pastor presenta un estado de la cuestión sobre la historia de la familia medieval en relación con su origen social, con las formas de detentar el poder y con las formas de dependencia que se desarrollan entre ellas a partir de una determinada organización de la producción.

Las colaboraciones sobre el siglo XVIII español están presentes, en este homenaje en las figuras realmente excepcionales de A. Domínguez Ortiz y G. Anes. El primero estudia la política nobiliaria de la Ilustración española poniendo de manifiesto de qué forma en la práctica concreta la nobleza no sólo no entraba en conflicto con el absolutismo, sino que se convertía en su instrumento político y económico. El segundo analiza las preocupaciones de los ilustrados por la fertilidad de la Bética en la Antigüedad según las referencias de los autores latinos, y los exiguos rendimientos de esta misma zona a finales del siglo XVIII. Las causas de este fenómeno habría que centrarlas en la ausencia de una política agraria

racional y en la forma de estar repartida la tierra en grandes propiedades privadas. Josep Fontana aporta la última colaboración, que cierra el libro-homenaje, a manera de propuesta histórica final a partir de una lectura de las *Historias* de Polibio desde el presente. Esta propuesta puede erigirse como uno de los objetivos fundamentales de este texto: la recuperación de una manera de hacer «investigación histórica», que sirva no, ya, para reconstruir procesos históricos del pasado, sino que sea útil para los hombres de hoy en la comprensión de los problemas de su tiempo presente. Para ello, es de gran interés el legado que Polibio nos ha dejado, junto al de otros historiadores del mundo clásico.

En síntesis, esta obra es la expresión del homenaje a un intelectual honesto e inteligente que nunca se dejó embaucar por los modos teóricos o metodológicos de su época ni por las «glorias» académicas, sino que hizo centro de su trabajo intelectual la plasmación de un pensamiento científico original a la hora de enfrentarse con los problemas históricos.

M. J. Hidalgo de la Vega
 Coordinadora de la edición científica
 Universidad de Salamanca

1. Abilio Barbero falleció tristemente en Julio de este año. Su colaboración con Marcelo Vigil durante tantos años convierte a este libro, que reseñamos, en un homenaje también a su memoria.
2. F. J. Presedo: «In Memoriam»... p. 13.